

**En dos épocas distintas, al desbordarse el Ebro, arrastró el cadáver del chantre, dejándole junto a los muros de la iglesia de Santa María.**

Quemamos un cigarrillo, y mi interlocutor continúa:

—Hay otro hecho, muy interesante, que, aun cuando real, entra de lleno en el mundo de la fantasía...

—¿Y es...?  
—El cadáver fué enterrado en el cementerio... El río Ebro se desbordó en dos ocasiones... Las aguas inundaron la ciudad, penetrando en el sagrado recinto y arrasando muchos cadáveres, que se perdieron río abajo... Las dos veces arrastró la caja que guardaba el cuerpo del santo varón, y las dos veces el cadáver fué despedido del ataúd, y en tanto éste se lo llevaba la corriente, las aguas llevaban el cuerpo de don Pascual coa su mortaja hacia los muros de la iglesia de Santa María, donde quedaba quieto, inmóvil, a pesar del ímpetu de la corriente, como si estuviera materialmente clavado en el muro... La primera vez, cuando las aguas volvieron a su cauce, al cadáver del chantre se le dió sepultura de nuevo en el cementerio. Pero la segunda, ante el hecho repetido, verdaderamente extraordinario y aun increíble, si se quiere, tanto el Clero como el pueblo decidieron que los restos fueran depositados en la iglesia, donde se hallan actualmente.

—Verdaderamente estos hechos entran de lleno en el mundo de la fantasía.

—Pues aún encontrará más fantástico este otro... En el nicho del cementerio donde fué sepultado se colocó, a manera de lápida, una tabla de madera encerrada en un marco de media caña—cincuenta y un años después de la muerte—, en la que el pintor burgalés Alfonso García trazó la inscripción conmemorativa que usted podrá leer, por cuanto dicha tabla se conserva con la momia. Esta tabla o lápida fué igualmente arrastrada por la corriente, y las dos veces quedó quieta junto al cadáver. Está muy deteriorada...

**El padre D. Santiago Sáez Díaz. En la iglesia de Santa María. El pueblo se congrega dentro y en la plaza del templo.**

Don Santiago Sáez Díaz, arcipreste-cura de la iglesia de Santa María, varón lleno de virtudes, gran teólogo, amable y bondadoso, me acoge con verdadero afecto y complacencia, a lo que jamás sabré corresponder como merece.

Le expongo mi deseo de contemplar la momia y obtener varios gráficos, tanto en su posición natural yacente como en estado de flexionar sus extremidades.

—Yo no me considero autorizado—me dice amablemente—para atender su ruego en todas sus indicaciones... Puede contemplar la momia, y únicamente entra dentro de mis facultades el autorizar fotografías de la momia en su estado yacente o posición decúbito supino, y, desde luego, de la vista interior y exterior de la parroquia... Además, me voy a permitir la libertad de hacerle un ruego o advertencia... Y es la siguiente: al escribir sobre este asunto, si lo hace para la publicidad, absténgase de los calificativos *santo* chantre y *santa* momia, ya que la Iglesia es la única que puede canónicamente atribuirlos...

Agradezco la cordial acogida, y con el fotógrafo local D. Jesús Muro nos encaminamos al templo... La noticia se ha divulgado por el pueblo, y cuando llegamos a él está materialmente invadido por la gente, quedando muchos en el atrio. Difícilmente podemos hacer que salgan para obtener al magnesio las fotografías.

El sacristán me indica una pequeña capilla, en cuyo altar existe una imagen del Cristo del Sepulcro. Debajo de este altar

se guarda la caja que encierra la momia del chantre... Aun cuando advertido de ello, confieso que sufrí una gran depresión espiritual.

El viejo sacristán me ofrece para que la examine la tabla de madera que figuró como lápida en la sepultura o nicho del cementerio. Está bastante deteriorada. La pintura, de tono verdoso, se descascarilla, y manchas de humedad van borrando los caracte-



DON SANTIAGO SAEZ DIEZ, REVERENDO ARCIPRESTE-CURA DE LA PARROQUIA DE SANTA MARIA, DE MIRANDA DE EBRO, A CUYO CELO SE DEBE LA CONSERVACION DE LA MOMIA DEL CHANTRE DE CALAHORRA DE LA CALZADA. (FOTO MURO, G. SUS)

res o letras del epitafio que grabara el pintor burgalés. Sin embargo, se lee bien la letra en tono blanco, aun cuando amarillenta ya por la acción de los años, cuyo epitafio damos con la reproducción fotográfica de la tabla.

**Ante la famosa momia. Las sagradas vestiduras. El despojo de algunos dientes.**

El carpintero de la iglesia, Gerardo Angulo, extrae de debajo del altar la caja del chantre... Es uno de esos ataúdes modestísimos, de madera de pino, que sirven para gente pobre. La caja está sin forrar, y la madera muestra grandes manchas de humedad.

Colocada junto a la verja de la capilla, gira la llave en la cerradura y levanta la tapa.

Sufrí una gran sensación al contemplar la momia. Es increíble que en quinientos cuarenta años pueda conservarse en la forma que lo está, teniendo en cuenta que anda rodando de un lado para otro años y más años.

Infunde respeto... Las cuencas de los ojos, que esperaba encontrar vacías, están cubiertas o llenas... ¿De qué? No pude describirlo. Amortajado con las ropas de celebrar—casulla negra con galón de oro, alba, cingulo, estola y manipulo—, las manos cruzadas sobre el pecho y una dulce mueca en la recia carátula, infunde—repito—respeto y veneración.

Debí ser un hombre de aventajada estatura y recia complexión, por cuanto la momia ocupa todo el largo de la caja, que medirá aproximadamente unos dos metros. Los pies, desnudos, asoman por el borde del alba. Están completos; las uñas brillan con refle-

jos metálicos. Huesos y tendones se marcan bajo la piel apergaminaada.

—Pero estas vestiduras—digo un tanto extrañado al ver que son relativamente modernas—, ¿son las que le pusieron cuando falleció...?

—No, señor—me contesta el carpintero—. Estas se las pusieron no hace muchos años para conservar las suyas, que lleva debajo de éstas... ¡Mírelas!

Gerardo levanta el alba y me muestra las vestiduras sagradas con que fué amortajado... Son de terciopelo negro, con galón de oro estriado, y aunque un tanto descoloridas, se conservan bien.

—¿Es cierto—pregunto—que flexiona piernas y brazos?

—Mire...

Y el carpintero coge los brazos y los flexiona repetidas veces de abajo arriba y de izquierda a derecha... Repite estos movimientos con las piernas... Le sujeta el rostro por la sotabarba—que a primera vista parece carnosa—y hace girar la cabeza de un lado para otro, sin que se mueva el resto del cuerpo.

Por último, introduciendo la mano izquierda por debajo de la momia y sujetándola por el pecho con la diestra, la incorpora, haciéndola flexionar la cintura, quedando sentada en la caja.

Repito que me parece increíble cuanto estoy viendo.

Observo que le falta la primera falange del dedo meñique de la mano izquierda, y se lo digo al carpintero.

—La arrancaron para hacer una reliquia—me dice el viejo sacristán—. También le despojaron de dos dientes de delante de las dos encías... Los demás están completos... Puede comprobarlo usted mismo.

Enciendo una cerilla, y con la mano izquierda hago una pequeña presión sobre los maxilares y la boca se entreabre... Efectivamente, a excepción de los dos incisivos, la dentadura está completa, conservando dientes y muelas una blancura impecable.

Al contacto de mi mano sobre la piel noto que ésta, aunque endurecida, tiene gran flexibilidad... Examinó las manos y veo que las uñas, como en los pies, están intactas, completas y con gran brillo.

—¿Quién arrancó la falange de este dedo y los incisivos?

—Unas señoras de Madrid que acompañaban a la Reina doña Victoria Eugenia cuando nos honró con su visita.

—Y para qué?

—Para engazarlos en anillos, como reliquias...

El carpintero cierra la caja y abandonamos el templo, siempre seguidos de la expectación y curiosidad popular.

**Continuando nuestra ruta.**

Abandonamos el pueblo, dirigiéndonos a pie a la estación. El día es tibio y luminoso... Nos detenemos unos momentos en el magnífico puente de Carlos III... A mis pies, el agua mansa y serena del Ebro se desliza cantando su eterna canción de peregrino errante, y un poco más allá, por la vía férrea, la potente locomotora de un tren de lujo, en su marcha desenfrenada, bajo el soberbio penacho de humo, canta también su gloria de conquista y de progreso.

En tanto yo, de cara al pueblo, en mi radió! de despedida—¿hasta cuándo?—, me pregunto dónde empieza el "más allá"...

La intensa sensación que me ha producido la contemplación del cadáver del chantre de Calahorra de la Calzada, que murió hace quinientos cuarenta años, y las que me dejaron grabadas en el alma la noche anterior las horas que pasé de clausura en el Monasterio de Miraflores, me hacen elevar mis ojos a lo alto...

Y al contemplar en este día tibio y luminoso este cielo de seda azul joyante, veo que tras él se oculta el infinito...

JOSE L. BARBERAN